N.º 9. Domingo 1.º de Diciembre de 1844. 10 cuart.

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En las principales librerías, ó remitiendo, franca de porte, una libranza sobre correos, á favor de la Redaccion del FENIX.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. . . . . 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

RECUERDOS DE VALENCIA.

La ermita de la Soledad.

E quiere ver á los hombres enteramente ocupados en discusiones sociales, en cuestiones teológicas ó en controversias eclesiásticas las mas insignificantes, concédaseles algunos años de paz, ó quíteseles el motivo de pensar en intereses que les toquen directamente, y sobre todo déseles por objeto una materia de tal naturaleza que deba fallarse mas bien por el uso y la costumbre, ó ciertas conveniencias políticas, que por el derecho establecido. Así sucedió cabalmente en nuestra España despues de la célebre paz de Utrech; por ella quedó asegurada en las sienes de Felipe V y de María Luisa Gabriela de Saboya la corona de ambos mundos; pero desde luego principiaron á dar tormento á la imaginacion de los hombres de estado de la época las graves diferencias entre el sacerdocio y el imperio, que puede decirse no finalizaron hasta el glorioso reinado del señor D. Carlos III, pero desde el siglo XVII el poder espiritual de la corte de Roma habia perdido casi enteramente las consideraciones que por mas de tres siglos le colocaron en una esfera superior á todos los tronos de la tierra.

Esta situacion del poder supremo contagió tambien, por una consecuencia precisa, á las clases inmediatas ó dependientes del mismo, y así es que los tribunales se vieron incesantemente ocupados de pretensiones tan estravagantes como pueriles que ambas potestades suscitaban de continuo. La originada en esta ciudad entre su ilustrísimo Cabildo Eclesiástico y D. Rodrigo Caballero, justicia-mayor de la misma, sobre conservacion de preeminencias y otras cuestiones de menor interés, duró algunos años, hasta que el supremo consejo de Castilla la decidió en favor del primero con harta mengua de la dignidad del segundo. Hacemos tanto mérito de este suceso porque tuvo una cierta nombradía, y se la dió aun mas su resultado que produjo una hermosísima joya para esta ciudad; pues tal pudo llamarse la linda capilla que en desagravio se le mandó construyese, á sus espensas, al citado D. Rodrigo: así lo decidió aquel supremo tribunal, dejando á su arbitrio el elegir el sitio y otras circunstancias para verificar la obra con arreglo á lo mandado.

Poseia D. Rodrigo unas huertas de poca consideracion, que lindaban, á lo largo, con el espacioso paseo llamado la Alameda, y por los estremos con los molinos de Borrull y de Pilares, en los que existia una pequeña ermita dedicada á nuestra Señora de la Soledad, y D. Rodrigo quiso hacer de ella un bellísimo santuario: el sitio correspondia realmente al título, pues á pesar de su proximidad á aquel paseo, los muchos árboles y arbustos que le circuian parecian aislarle y colocarle á una larga distancia, lo cual le constituia un parage sumamente ameno y solitario. Valióse para la obra de los conocimientos del maestro Vicente Vergara, quien en el año de 1716 formó un templete ovalado cerrado por una cúpula de las mas bellas proporciones, y en un pequeño altar revestido de mármoles del pais, así como el resto de la capilla colocó la imágen de nuestra Señora de dicho título: bajo de ella construyó un pequeño panteon, que destinaba D. Rodrigo para entierro suyo y de sus sucesores, y á la izquierda una casita para habitacion de los religiosos á cuyo cuidado fió el santuario: á su frente formó una crecida plaza circular rodeada de cómodos asientos de piedra, y circuida, hasta alguna altura, de jazmines, rosales, naranjos y otros árboles y enredaderas entretegidas con esmero, y en el centro se conservó cuidadosamente la antigua encina á cuya sombra se reunian en otro tiempo el venerable señor Virey y patriarca Don Juan de Ribera, san Luis Bertran, Nicolás Factor, los duques de Feria y de Gandía y otros personages contemporáneos (1).

Trasladado D. Rodrigo á la superintendencia general del principado de Cataluña, por escritura autorizada en 27 de Setiembre de 1718 por Gerónimo Sastre, escribano de la ciudad de Barcelona, hizo donacion á la provincia y convento de religiosos franciscos descalzos titulado de san Juan de la Ribera, que habia fundado en 1574 el espresado señor Patriarca, de la referida ermita y huerta enexas, con la precisa condicion de deber vivir y estar en ella de continuo para que pudiesen prestar la correspondiente asistencia espiritual á los habitantes de aquellas cercanías. Aceptada por el convento la donacion pasaron á vivir en la casita, de que arriba se ha hecho mérito, dos sacerdotes y un lego; se labró un pequeño campanario sobre la puerta de la ermita, y de este modo quedó completa la obra mas curiosa y rica de cuantas se conocian en los alrededores de esta capital, lo que les constituyó al propio tiempo un término de paseo y de descanso para sus moradores atraidos de la amenidad del sitio y por la obsequiosa acogida de los ermitaños. Mas adelante se construyó un Via-crucis que principiaba en el patio del mencionado convento de san Juan de la Ribera, seguia por la orilla de las huertas de su propiedad hasta el palacio y jardin llamado del Real, y retrocedia por la izquierda de las mismas huertas hasta la plaza de la ermita, en la que, bajo la encina, ó *abelloter*, como decimos los valencianos, se colocaba el púlpito para el sermon de costumbre. En los cuatro domingos de adviento y otros dias de cuaresma en que se acostumbrava hacer la devocion del Via-crucis, era tanta la concurrencia que algunas veces habia ya recorrido la procesion el larguísimo espacio de terreno que se acaba de describir, y llegado á la ermita, cuando aun faltaba salir parte de ella de la iglesia del convento.

La venida del egército francés á esta capital, en el año de 1808, hizo que desapareciese este bello santuario, así como otros suntuosos edificios, cuya demolicion se consideró indispensable para la mejor defensa de la ciudad, y solo los escombros que se veian en el óvalo ó plaza y alrededores, hasta hace pocos años, recordaban el parage donde habia existido: pero en el de 1839 adquirió el terreno un sugeto amante de las artes (2), que, conocedor de esa hermosa posicion, si bien bajo distinto aspecto, hizo desaparecer aquellas ruinas y construyó una linda casa de campo y jardin, conocidos hoy dia por el título de Casino de Cabrerizo.

J. M.ª Z.

(1) En obsequio de los amantes de la poesía valenciana insertamos la siguiente, otra de las que se publicaron entonces con motivo de dicha obra, ya por ser muy escasas las que nos restan, ya tambien porque manifiesta el gusto de la época.

A la capella y ermita de la Mare de Deu de la Soledad construida per el sinyor Don Rodrigo Caballero y Llanes, mariscal de campo dels eixersits de sa Machestat, del órde de Sent-Yago, del consell de la guèrra y correchidor é intendent de esta ciutat.

Allá en Valensia
Baix les muralles
Han fet ut prodichi
Digne de contar.
Han fet dos torres
Y una alameda
Que mes hermosa
No es pòt trobar.
Allí hia ròses,
Flòrs, clavelines,
Malves marines
Y estrèlas del mar.
Y una ermiteta
De pedra picada
qu'es dedicada
A la Soledad.
Y á Chesucrist
Rey de la glòria
Pera memòria
De tots los cristians.

(2) El señor D. Mariano de Cabrerizo y Bascuas, de este comercio, y caballero de la Real y distinguida órden española de Carlos III.

Un viage á París.

La constitucion social de la Gran Bretaña concede á las solteras una libertad, cuyo mérito aprecian de diverso modo los moralistas, pero es indudable que espone á las jóvenes á algunos peligros; y por mas que hayan hecho el clima, el temperamento y la educacion, la naturaleza no pierde jamás sus derechos, y la ocasion es una gran princesa, tanto en Inglaterra como en todos los demás paises.

Habrá como seis semanas que se hallaba reunida una numerosa sociedad en casa de Mr. Guillermo Lokmall, en uno de los mas deliciosos puntos de Croyelon, pueblecito elegante y pintoresco en las cercanías de Londres, sobre el camino de Brighton. Componíase esta sociedad de tres familias y varios amigos reunidos para celebrar en una comida de despedida la marcha de tres señoritas que iban á partir para París, una de las cuales era miss Lucía, hija única de Mr. Lokmall, jóven de 19 años, muy bonita, y de regular talento. Heredera además de bienes que no bajaban de 60.000 libras esterlinas, compuestos de tierras y acciones de la compañía de la India, tenia muchos pretendientes, entre los cuales habia preferido su padre á Mr. Jorge Godwyne, caballero de bastantes dotes personales, y poseedor de renta muy decente. Miss Lucía no tenia, sin embargo, tan buena opinion como Mr. Lokmall del mérito de sir Jorge, siendo hijas sus prevenciones de una inclinacion ó amistad de la infancia, que el tiempo habia convertido en amor, pero Mr. Lokmall no queria oir hablar de su sobrino Lionel, que desesperado por no haber podido obtener la mano de su prima se habia marchado á América. Amante de su hija hasta la debilidad, y cediendo con gusto á todos sus caprichos, solo se habia mostrado inflexible en cuanto á su union con Lionel, á pesar de que este era un jóven completo, y únicamente podia esplicarse su severidad por ciertos rumores sordos y misteriosos de una escena de familia, que habia acaecido en Croydon algunos meses antes del nacimiento de Lucía.

Ostigada ésta por su padre para que se decidiera á favor de sir Jorge Godwyne, habia contestado que antes de casarse queria hacer un viage á París, capricho que le pareció muy natural á Mr. Lokmall, y para el que habia dado desde luego su consentimiento, habiéndose ofrecido á acompañarla dos amigas suyas, miss Olympia y miss Penelope. Miss Olympia Fingurst, hija de un arrendador rico del Northumberland, era una jóven muy notable por su estatura de cinco pies y ocho pulgadas; dedicada á la literatura por una inclinacion irresistible y por la viveza de una imaginacion muy activa, seguia los pasos de los mas célebres literatos, y á la edad de 20 años no cumplidos habia compuesto una novela en siete tomos, y un gran número de poesías, que eran el encanto de su provincia. Miss Penepole Cliston, era una solterona que habia reunido varias herencias,

pero á medida que venian las riquezas se iban su juventud y sus gracias, y habia engruesado en las mismas magníficas proporciones que su fortuna. Las malas lenguas de su barrio decian que tenia 36 años, mas ella se suponia atrevidamente 24, y por lo demás apelaba en ayuda de sus pretensiones á todos los recursos de la coquetería; solo pensaba en componerse, y todo su afan se dirigia á disimular su edad y su gordura con los mas esquisitos adornos. Justificaba su prolongado celibato diciendo que no se queria casar por ser fiel á un compromiso contraido en otro tiempo con un jóven aventurero, que por merecerla habia ido á buscar al otro lado de los mares la ilustracion que dan los viages, jurando no volver hasta haber descubierto un nuevo mundo, de que haria reina á la que amaba. Miss Penelope en este viage no tenia mas objeto que hacer provision de modas de París.

Así que estuvo arreglado su proyecto se preguntaron las tres viageras: ¿quién nos acompañará? Mr. Lokmall padecia de reumatismo y gota, cuyos periódicos ataques le recordaban los devaneos de su juventud, y le hacian pagar caras las delicias gastronómicas á que era muy apasionado, y aunque en sus buenos tiempos habia hecho seis viages á las Indias, apoltronado ya con la edad y las enfermedades, por nada del mundo se hubiera decidido á salir de Inglaterra. El padre de miss Olympia no podia abandonar sus haciendas del Northumberland, y miss Penelope solo tenia un tio muy viejo ya para poderse mover, por consiguiente á falta de parientes habia sido preciso recurrir á un estraño. Mr. Godwyne se habia ofrecido con mucho empeño á acompañar á la que consideraba como su prometida, contando con los accidentes del viage para desarrollar sus buenas cualidades y concluir una seduccion, que no estaba á la verdad muy adelantada, y Lucía, deseosa de complacer á su padre, habia aceptado por su caballero á sir Jorge, quien fácilmente obtuvo la aprobacion del padre de miss Olympia, y del tio de miss Penelope.

Sir Jorge Godwyne era un jóven de esceletes principios y de consumada prudencia, y aunque habia cumplido los 30 años se le llamaba el jóven Godwyne, en honor de la feliz inocencia, y del candor de la infancia que habia preciosamente conservado. Era, en una palabra, digno de la prueba de estimacion que le daban tres familias confiando á sus cuidados tres señoritas solteras, y del mismo modo se le hubieran podido confiar todas las jóvenes de los tres reinos, sin temer la menor indiscrecion por su parte.

Durante la comida de Croydon solo se habló de viages y aventuras, conversacion á que están siempre dispuestos los ingleses. Habia allí varias señoras que habian atravesado los desiertos de la Mesopotamia, y bañádose en el Eufrates y el Tigris, quienes el viage á París parecia un mero paseo. Así que llegó la hora de la separacion y de la despedida, Mr. Lokmall, el padre de miss Olympia, y el tio de miss Penelope hicieron al jóven Godwyne graves y elocuentes recomendaciones: »Nosotros, le dijeron, os confiamos lo que mas amamos, y para ello hemos contado con vuestras virtudes. Cuidareis con esmero de nuestro precioso depósito, y volvereis salvo al puesto este triple tesoro, que ponemos hoy en vuestras manos." El jóven Godwyne les ofreció unir el valor de un leon á la prudencia de la serpiente.

Al dia siguiente al amanecer fueron á Lóndres los cuatro viageros en el coche de Mr. Lokmall, y allí tomaron asientos del interior en la diligencia de Douvres, pero miss Olympia cedió el suyo y prefirió colocarse en una banqueta esterior para gozar de la vista del campo y recibir las pasageras y rápidas impresiones del camino, y escaló la imperial con mas soltura que con la que la magestuosa miss Penelope subió en el estribo, y se colocó francamente al lado de sir Jorge. Ninguna inquietud causó á miss Lucía esta vecindad, no porque miss Olympia fuese una rival despreciable, ni porque el jóven Godwyne hubiese manifestado nunca aversion á las mugeres de cinco pies y ocho pulgadas, sino porque su indiferencia era hija de la paz de su corazon, donde no habia ningun sentimiento favorable á Godwyne.

Así que estuvieron colocadas las innumerables cajas de miss Penelope, partió la diligencia á galope, atravesó el puente de Westminster, y se lanzó al camino real, andando tres millas por cuarto de hora como toda buena diligencia inglesa. Como á la una del dia, en el momento de salir de Rochester la diligencia sobrevino de repente una tempestad con fuerte lluvia, mas miss Olympia no abandonó su sitio contentándose con taparse con la capa de sir Jorge, y este pobre hombre se fue calando hasta el pellejo, mientras que la intrépida literata escribia en su album sus emociones y notas.

Este fue el único accidente ocurrido en el viage, y despues de parar una noche en Douvres las tres señoritas y Godwyne se embarcaron en el vapor. El tiempo era magnífico, y miss Olympia dirigiendo una melancólica mirada al azulado cielo esclamaba: »¡Si tuviéramos la fortuna de una tormenta! ¡qué hermosa descripcion me inspiraria el furor de los elementos! He oido contar que un pintor francés hizo que lo ataran al mástil de un navío, para contemplar con sosiego un espectáculo semejante.... ¡Godwyne, yo quiero hacer lo mismo! Prometedme que si tenemos la dicha de que haya una tormenta me hareis atar al mástil." Pero no hubo tormenta sino solo una mar bastante fuerte para incomodar á los pasageros, y con particularidad á miss Penolope que cruelmente atormentada con los balances, fue toda la travesía sufriendo convulsiones y espasmos, cuyos inconvenientes recayeron sobre el jóven Godwyne. Al fin, despues de tres horas de navegacion arribó el vapor á las costas de Francia, y miss Penelope apenas pisó tierra se puso buena para pedir sus maletas y sus cajas, pero se presentaron los aduaneros, y fue preciso que registraran todo el equipage. La gordura de miss Penelope les hizo sospechar algun fraude, y le dijeron: »es preciso señora que se os registre;" ésta se quejó amargamente porque la gasmoñería inglesa se asusta y llora, pero Godwyne le dijo: »Ceded, señora, porque es preciso conformarse con la ley del pais que nos concede hospitalidad." Registrada en efecto, se estendió un proceso verbal, porque la coqueta llevaba una prodigiosa cantidad de encages, velos y géneros ingleses, para que se los arreglaran á la moda de París. De resultas de este descubrimiento se halló el jóven Godwyne complicado en un negocio desagradable de que no se vió libre sino á merced de una fuerte multa. Miss Penelope no se pudo consolar de la pérdida de sus adornos.

Llegados á París nuestros cuatro viageros hicieron lo que la mayor parte de sus compatriotas: se alojaron en un *hotel* de la calle de Rívoli, alquilaron un coche, y se hicieron pasear de curiosidad en curiosidad. El jóven Godwyne, que ya habia estado en Francia, habia encomiado mucho á sus compañeras las maravillas de París, pero habiéndole hecho notar miss Lucía que su entusiasmo era antinacional, cambió repentinamente de opinion y lenguage: dijo que París estaba muy lejos de poderse comparar con Lóndres; que los *boulevards* no valian tanto como la calle del Regente; que la columna Vendôme era inferior á la columna de Fuego; que el Pantheon era un juguete comparado con san Pablo; que los campos Eliseos, las Tullerías, y el Luxemburgo eran cosas mezquinas comparadas con el parque de san James; y que el obelisco de Luxor era menos curioso y menos monumental que una de las chimeneas de la cervecería de Barclay-Perkins. Hay en París muchos ingleses cuyo fanatismo patriótico llega hasta el punto de hablar así.

El jóven Godwyne encontró muchos de sus amigos de Lóndres, que le instaron á que tomara parte en sus diversiones; pero conoce la importancia y santidad de su mision, tres señoritas le están encomendadas, y se dedica esclusivamente á ellas, y no las abandona un solo instante. Da el brazo á todas tres, las pasea por debajo de los arcos de la calle de Castiglione cuando llueve, y por el terraplen de los Fuldenses cuando hace buen tiempo; las lleva á las tiendas, á las fondas y á los teatros; y como las tres señoritas tienen gustos diferentes, jamás quieren ir por un mismo camino, y Godwyne se vé continuamente traido al retortero por tres voluntades diferentes. Compadezcamos la suerte del jóven inglés que se encarga de acompañar y proteger á tres señoritas en un viage.

Sir Jorge Godwyne llevó á miss Penelope á los talleres de las mas famosas modistas, á miss Olympia al club de las mugeres libres, aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron de agradar á miss Lucía, y creyó al fin haber progresado en el corazon de la hermosa indiferente. Ya habian pasado seis semanas de estancia en París, en que Godwyne habia dado mil pruebas de paciencia, de fuerza, de prudencia, de complacencia y de afecto, haciendo lo que no haria ningun *dandy* parisiense, pero habia llegado al fin el término prefijado para la vuelta á Inglaterra. Una mañana, queriendo acordar definitivamente el dia de la marcha, vá segun su costumbre al cuarto de las señoritas.—Las señoras han salido, le dice la criada.—¿Han salido solas? esclama Godwyne; ¡esta es la primera vez, qué imprudencia! ¿Y adónde han ido?—No lo sé.... pero las tres han dejado cada una su billete, para advertíroslo sin duda, y deciros dónde están.... El jóven Godwyne conmovido por un fatal presentimiento, toma los tres billetes, los abre y el primero que lee por casualidad es el de Lucía: »Este viage, le decia en él miss Lokmall, me ha convencido de que nuestros carácteres no pueden avenirse, y me marcho para que termine toda relacion entre nosotros." Miss Olimpia y miss Penelope le advertian que era inútil que las esperara, y que las buscara. El hecho era que Lucía habia vuelto á encontrar en París á su primo Lionel que habia marchado á América, que Olympia en una tertulia literaria se habia enamorado de un jóven poeta romántico, y que á Penelope la habia conquistado un emigrado polaco.

El jóven Godwyne conoció que no se podia presentar en Inglaterra despues de este triple revés, porque ¿qué habia de responder á los dos padres y al tio, que le pedirian el uno su sobrina y los otros dos sus hijas? Por una parte las maldiciones, el desprecio y la befa, y por otra la desesperacion de haber perdido á Lucía, eran demasiados dolores á un tiempo, y Godwyne no titubeó en el partido que le quedaba que tomar. Aquella misma noche encontró en la ópera á un amigo con quien estuvo hablando alegremente, y concluida la representacion le dijo:—A Dios para siempre, querido amigo.—¿Qué quieres decir con eso?—Que me voy á suicidar dentro de media hora.—¡Ah!.... sí.....—¿Y por qué?

El amigo de Godwyne despues de haber oido la relacion de su desgracia, le declaró que el suicidio no era cosa indispensable en el caso en que se hallaba.—Mañana salgo para el Havre, añadió, y te puedes venir conmigo.—Al dia siguiente partió el jóven Godwyne para Nueva-York.

CHATEAUBRIAND.

Francisco Augusto de Chateaubriand es un hombre cuya fama ha penetrado por todos los ángulos del universo, un nombre que corre de boca en boca, venerado de los sábios y acatado por todas las clases de la sociedad. Honor y gloria de la literaria Francia, hermoso sol que camina magestuosamente á su ocaso, derramando sobre el universo ráfagas de oro y púrpura; bardo sublime que ora meciéndose sobre las ondas del Ohío y del Missisipi, ora estasiado sobre las magestuosas cumbres del Niágara ó del Gólgota, llena los aires con su lira de angélica armonía, ó siembra de brillantes el papel en que se resbala su pluma de oro.

Militar en sus primeros años, abandonó esta carrera entrando en la diplomática, para la que fue nombrado por Napoleon, siendo primer cónsul, con el carácter de secretario de la embajada de Roma. Largas y penosas han sido las vicisitudes de su vida política, en la cual siempre ha aparecido acérrimo defensor de la monarquía pura. Como hombre de estado se

ha visto honrado con los cargos mas elevados á que puede aspirar un simple ciudadano. Par de Francia, embajador en Inglaterra y Prusia, ministro de negocios estrangeros, caballero de las órdenes del toison de oro, Cristo, san Andrés, Aguila negra y Anunciata.

Como escritor, las obras que de sus manos han salido son joyas de tan inestimable valor que no podrá aniquilarlas el trascurso de los siglos. La revolucion francesa acababa de espirar, pero la potente mano que la habia hecho sucumbir bajo el peso de su sable y de su gloria, aun no ha podido cortar radicalmente los gérmenes de disolucion social que brotaban por do quier: en los horrores de la lucha los altares han rodado por el suelo, la religion ha sido profanada, la duda y el ateismo ha penetrado en la generacion nueva y hecho vacilar las íntimas creencias de la antigua: en esos momentos de ansiedad una voz resuena entre las espesas nieblas del Támesis, la voz de Chateaubriand, voz melodiosa y angélica que canta las grandezas del Señor y los encantos de sus misterios con la filosófica poesía, que tan bien sabe penetrar en todos los corazones; el *Genio del cristanismo* hace resucitar las creencias, y los templos y los altares se inundan de gentes que van postrados á pedir misericordia y paz.

En 1807 publica los *Mártires*, epopeya sublime en que poniendo en parangon la religion cristiana y el paganismo, hace conocer al poeta que no hay fuente tan rica para sus inspiraciones como los libros sagrados.

La *Atala*, las primeras páginas de sus *Memorias allende de la tumba*, son otros tantos poemas adonde respira el genio en toda su colosal magnitud.

Triunfante la revolucion de Julio, y á pesar de haber contribuido á ello con la sistemática oposicion que habia hecho en la cámara á Mr. de Vilelle, renuncia Chateaubriand todos sus empleos, honores y pensiones, incluso el ministerio con que le brindó Luis Felipe, apareciendo á los pocos dias ante los tribunales como acérrimo partidario de la derrocada dinastía. Unido por un sentimiento de delicadeza á los rancios partidarios del antiguo régimen, no participa empero de sus ideas: sus ojos de lince, lanzándose en el porvenir, ven mas allá que los de sus amigos. Oigámosle:

»Esos períodos de espera, durante los cuales reposan los pueblos faltos de aliento, no pueden considerarse por pasos hácia el retroceso, sino por espíritus superficiales, ciegos deseos y posiciones hechas. Magestad y aristocracia sobreviven, no viven: cada vez profundiza mas la idea democrática, la igualdad crece: se dilata la mina debajo de los tronos: cuando se lleve á término la galería subterránea volarán por el aire los bastiones, y los pueblos entrarán por las brechas de los derruidos muros."

Este lenguage no está ciertamente en armonía con los principios políticos que ha manifestado durante el curso de su vida pública.

Acaba de publicarse en París una obra de Chateaubriand, titulada: *Vida de Rancé reformador de la Trapa*; antes del primer capítulo se leen las siguientes páginas.

»Mi primera obra fue escrita en Lóndres en 1797: la última en París en 1844: entre estas dos fechas han trascurrido no menos de cuarenta y siete años; tres veces el período que llama Tácito una larga parte de la vida del hombre: *Quindecim annos grande mortalis ævi spatium.* Ya de de nadie seré leido, si se esceptúa algun sobrino lejano, habituado á las consejas de su anciano tio. Ha volado el tiempo: he visto morir á Luis XVI y á Bonaparte: es una irrision vivir despues de haber presenciado tales sucesos. ¿Qué hago yo en el mundo? No es apetecible permanecer en su recinto cuando los cabellos no caen lo bastante para enjugar las lágrimas que brotan de los ojos."

Llora, sí, Francisco Augusto, pero llora por lo pasado, porque ni tu corazon de gigante puede latir al aspecto de un lecho sepulcral, ni tu mirada de águila puede dejar de penetrar al través del cortinage de los siglos para divisar en él tu nombre repetido por las futuras generaciones.

¡Tu sol se estinguirá, pero la noche tenebrosa que ha de seguir al hermoso dia de tu existencia en la literaria Francia, durará acaso tanto como tus cenizas!

Rafael de Carvajal.

HECHOS ESPAÑOLES.

(1502.)

LOS HEROES DE BARLETA.

[*Conclusion.*]

II.

El sol estaba en lo mas alto de su carrera, y aunque en el mes de Setiembre, el calor que hacia era escesivo. Junto á Trana, entre Barleta y Viseli, entre el campo español y el francés, en una estensa llanura se habia marcado el campo donde los hombres de armas franceses iban á probar: llevaban ventaja á los españoles.

Cercaban el campo enormes piedras, para evitar se salieran los caballos, y de este modo reducido el lugar del combate, se decidiera mas pronto la victoria. A un lado del campo se veian once caballeros, llevando delante de sí otros tantos pages con las lanzas, eran los retados que esperaban hacia una hora á los retadores, los españoles que esperaban á los franceses. Distinguíase sobre todos un caballero por sus formas de gigante, por su sencilla aunque pesada armadura, y mas que todo por su enorme espada, era Diego García de Paredes, que mal herido y con una fiebre que le consumia, á pesar de todo el egército venia á pelear entre sus compañeros, fiando en su valor y en la espada que cortó el brazo á Villalobos (1).

Algo mas separados estaban los jueces del campo y padrinos por parte de los españoles, eran los principales personages del egército. Fabricio y Próspero Colona, D. Diego de Mendoza y el duque de Termes, iban acompañados de cuatro trompetas.

¡Voto á Tormento! mucho tardan ya esos hombres, dijo Paredes á Olivera que estaba á su lado.

—Parece, dijo éste dirigiendo sus negros ojos hácia el camino de Viseli, que por allí se divisa una polvareda entre la que reluce algo. Paredes se alzó sobre los estribos, levantó con su mano la visera de la celada, y despues de haber mirado al camino dijo con indiferencia al page que tenia delante: »Sanchez, traedme la lanza. Señores, ahí los tenemos." Inmediatamente todos envainaron las espadas y cogieron las lanzas. Paredes se separó un momento, dirigió el caballo adonde se encontraba Próspero Colona, miraron todos hácia el camino y volvió á entrar en medio de sus compañeros, no sin haber hecho alarde del poder del caballo y de su destreza en manejarlo. Todos se volvieron á juntar, y los caballos inquietos al principio quedáronse al fin como estátuas. Los franceses se veian ya claramente; á cierta distancia quedaron una porcion de infantes y caballos para asegurar el campo, y los demás entraron en el círculo acompañados de cuatro gefes principales de su egército, que juntamente con los españoles habian de ser los jueces del campo. Los once caballeros se colocaron enfrente de sus enemigos; por sus lujosas armas y fuertes caballos se conocia que el egército francés habia enviado lo mejor que tenia, tanto en caballeros como en arreos militares. Distinguíase al valiente que mereció calzar la espuela al rey Francisco I, á Bayardo, y en prueba que habia entre los otros quien le disputaba la primacía por su esfuerzo, otro caballero merecia el honor de mandarlos. Los jueces y padrinos de ambas partes bajaron de los caballos, saludáronse mútuamente, y partido que fue el sol se colocaron en sus puestos respectivos. Paredes por una parte y el que mandaba á los franceses por otra salieron de sus puestos, saludáronse uno á otro, y hecha esta ceremonia de pura cortesía ocuparon otra vez sus puestos. Por un momento reinó la confusion en ambas partes, hasta que se colocaron apretados en dos grupos, los escudos unidos, las lanzas en el ristre y los caballos dispuestos para arrancar al primer sonido del clarin.

La ansiedad estaba pintada en el rostro de los circunstantes. Allí estaban España y Francia, allí se iba á ver quiénes eran los fuertes, los animosos, allí no valian las reglas de la estrategia, solo al valor personal y á la fuerza de los brazos estaba encomendada la victoria; si el español era vencido no tenia la disculpa que tantas veces ha encontrado en la impericia de sus gefes, que con sus mal concertados planes comprometian en el combate el arrojo é intrepidéz de sus soldados. Un momento reinó el silencio tan solo interrumpido por el continuo golpear de los pies del belicoso caballo; de pronto los trompetas se adelantaron y el clarin resonó; *Partid*, *Allez*, dijeron los jueces y partieron á escape ambos partidos reflejando el sol en sus armaduras. Una espesa polvareda los cubrió enteramente, de pronto se escuchó el sonido de las lanzas que resbalaban sobre los escudos y el estruendo de varias armaduras que daban contra el suelo. La victoria se decidia por una de las partes y la ansiedad se aumentaba por no saberse quiénes eran los vencedores. Mas la historia penetra en medio del polvo de los combates; ambos partidos se habian acometido con igual impetuosidad, los caballeros españoles permanecieron firmes en las sillas, mientras que cuatro franceses, no pudiendo resistir el empuje de sus contrarios, fueron sacados de las sillas y arrojados al arena, matándoles en seguida los caballos. Los cuatro franceses cayendo juntos pudieron defenderse hasta que pasó este primer encuentro. En el segundo los españoles, revolviendo sus caballos, partieron contra el enemigo que los recibió ayudado de los cuatro de á pie; exasperados los ánimos en este encuentro, el francés solo queria recuperar lo perdido, mientras el español peleaba por sostener lo ganado. El choque fue terrible, muchas lanzas saltaron hechas astillas, las que quedaron fueron arrojadas al campo y todos echaron mano á las espadas y hachas de armas; amontonados y apretándose los caballos unos sobre otros peleábase como á pie firme, tan pronto con las espadas y hachas como á brazo partido. El penacho de la celada de Paredes sobresalia en medio de todos, y su espada dando reveses á todos lados hacia saltar los pedazos de acero de las armaduras enemigas. Mas en esto el caballo de Gonzalo de Aller recibió un fuerte hachazo en la cabeza, y caballo y caballero rodaron por el suelo; en vano Paredes redobla las cuchilladas; el valiente Aller caido en medio de los cuatro franceses que estaban á pie, no tuvo otro remedio que rendirse y retirarse avergonzado del campo.

—Olivera, recordad sois español, dijo Vera viendo al alférez peleando con el principal de los franceses.

—Diego de Vera, que vuestro estoque aun está limpio, contestó el alférez.

Estas palabras recordaron á Diego de Vera lo prometido á su general. Inmediatamente revuelve furioso contra un francés que tenia enfrente, arrójale una estocada y éntrale la espada hasta la empuñadura; el francés tendió los brazos y cayó muerto de su caballo. Olivera por su parte redobla sus esfuerzos, y cerrando con su enemigo de una cuchillada derríbalo del caballo, y á pesar de sus compañeros oblígale á rendirse. Mas los franceses no ceden un paso á pesar de la conocida ventaja que les llevan sus contrarios, la espada de Diego García derriba otro francés, y unos por rendirle y otros por defenderle acométense furiosos, llenando de admiracion y de asombro á todos los circunstantes; largo y porfiado fue este encuentro, en él cinco franceses cayeron de sus caballos y de los españoles tan solo dos. Ya los franceses no peleaban por rendir á los españoles, sino por salvar su vida de estos que con sus caballos por todas partes los acosaban; en un momento, cogiendo las lanzas que quedaban por el suelo, parapetáronse detrás de los caballos muertos, y encerráronse... dentro con los dos hombres de armas que quedaban á caballo; en vano, los españoles envistieron mil veces, sus caballos espantados de los muertos no se querian acercar por mas que se les obligaba. Habiendo anochecido ya, los franceses pidieron una suspension de armas, diciendo, que podian quedar las cosas como estaban, saliéndose todos como buenos del campo, y confesando ellos por su parte haber errado en decir que eran mejores que los españoles. Parecióles á la mayor parte de estos, como tambien á los jueces y padrinos, que se debia acceder á aquel partido; no así á Diego García de Paredes que á grandes voces decia á sus compañeros bajaran de los caballos, ya que él no lo podia hacer por sus heridas en la cabeza; llamábales cobardes por no atraverse á rendir unos hombres que

(1) Diego García de Paredes, que además de su estraordinaria fuerza era de los mas diestros en la espada, tuvo un desafío delante de todo el egército con el valiente Villalobos: no duró largo tiempo, pues á los primeros golpes cortó el brazo derecho á su enemigo, pero Villalobos con un valor admirable con el brazo que le quedaba tomó otra vez la espada y siguió riñendo sin quejarse siquiera.

estaban ya vencidos, y viendo no era escuchado, dió de espuelas á su caballo y acometió él solo á los franceses: largo rato estuvo procurando meterse entre ellos dando y recibiendo cuchilladas, hasta que mal herido el caballo, rota su espada, no teniendo armas con que pelear, habiéndose bajado del caballo arrojóse á las grandes piedras que cercaban el campo y empezó á lanzarlas contra los franceses. Hecho, que á no estar tan probado por la historia, tuviérase por una fábula, y que compara un escritor moderno con los combates que cantaba Homero en su inmortal Iliada.

Con gran dificultad pudieron los jueces convencerle á que cediera, contentándose con la circunstancia que añadian los franceses, esto es, que los españoles quedarian dueños del campo y los despojos que estaban por el suelo. Así se estipuló; aunque en la opinion de todos, los españoles quedaron vencedores, los jueces sentenciaron que estos se habian portado con mas *valor y esfuerzo*, y los franceses con mas *constancia y sufrimiento*. Reconocida la pérdida por ambas partes; teniendo los franceses un muerto, un rendido, nueve heridos, nueve caballos muertos y dos malamente heridos: y de los españoles un rendido, dos heridos, tres caballos muertos y dos heridos: y cangeados que fueron los dos rendidos, Gonzalo de Aller y el gefe de los franceses: estos desocuparon el campo dejando dueños de él á los españoles. El combate duró desde la una de la tarde hasta una hora despues de anochecido.

Ya bien entrada la noche, los españoles retiráronse silenciosos, como arrepentidos de no haber seguido el combate, ó haber esperado hasta el dia siguiente para haberlo concluido: delante de todos iba Paredes, no tan pesaroso de la conducta de sus compañeros como de no haber podido él solo meterse entre todos los franceses. Sin embargo, iba algo separado de los demás, pues, á su parecer, se habian portado cobardemente.

Nosotros, que no miramos tan severamente como Paredes la conducta de sus compañeros, no dejamos de sentir, no siguiera el combate para que entonces claramente se hubiera visto la ventaja que los españoles llevaban á los franceses; estos en el combate se portaron bien, en particular Bayardo, pero ni con mucho hicieron lo que querian, vinieron como retadores, bien preparados y con grandes animos.... y nuestros lectores saben cómo salieron del campo.

III.

En la estancia próxima á la habitacion del Gran Capitan, en Barleta, estaban juntos todos los caballeros españoles, aguardando á que saliera Diego García, que habia entrado á hablarle. De pronto se abrió la puerta con fuerza y salió Gonzalo de Córdoba acompañado de Paredes.

Por Santiago, dijo con ironía, que os habeis portado lindamente; satisfechos quedarán nuestros infantes, acostumbrados á vencer á los franceses, cuando sepan que los hombres de armas, á quienes estaba encomendado el honor del egército, del nombre español, supieron vencer y no rendir á sus enemigos.

—Mi general, os lo he dicho antes; los franceses son buenos caballeros, dijo Paredes; se ha hecho cuanto se ha podido, cuando entramos en la pelea entramos como peores, y hemos salido como tan buenos.

—Silencio, Diego García, ¿compararos con los franceses? ¿los españoles tan buenos? *por mejores los envié yo al campo.*

Todos los caballeros callaron y el Gran Capitan se marchó, dando un portazo, ardiendo de indignacion. Al poco tiempo salió D. Diego de Mendoza, diciendo:

—Señores, os ruego os retireis, que el general está furioso; solo á ruegos de Próspero Colona ha rasgado la órden para que todos fuerais arrestados.

—Esto es insufrible, dijo Gonzalo de Aller: D. Diego, mandad á un trompeta al egército francés que le diga al caballero que se rindió esta tarde, que es un cobarde, que si yo me rendí fue con justa causa, y que si lo contrario dijera, de su persona á la mia se lo haré bueno mañana en el mismo lugar donde me rendí.

—De paso que le diga, añadió Paredes, al caballero Fourmens, conocido por Tormento, que mañana le espero en el mismo sitio con mis armas y caballo.

Los franceses contestaron admitiendo el desafío, pero no quisieron salir á pesar de haberlos aguardado los españoles todo el dia. Paredes y Aller, como vencedores, ataron á las colas de los caballos unas tablas en que estaban pintados sus contrarios, y corrieron de este modo todo el campo é hicieron todos sus autos á las puertas de Trana á presencia del gobernador y de los rehenes que se habian entregado por ambas partes.

Al dia siguiente veintidos hombres de armas españoles desafiaron á otros tantos de los enemigos, y lo mismo hicieron los infantes. Los franceses contestaron que no querian pelear tantos á tantos sino en batalla campal. Pronto se les cumplió el deseo; los egércitos se encontraron en Cerinola; los españoles iban muertos de sed, mas al ver al enemigo todo se olvidó. 3700 franceses quedaron muertos con el duque de Nemours, su general, y 800 hombres de armas, lo mejor de Francia, fueron hechos prisioneros.

G. Gisbèrt y Gosalbez.

UNA HISTORIA JUDAICA

DEL SIGLO CATORCE.

En la sala principal de una casa oculta en una escondida callejuela de la muy noble y antigua ciudad de Sevilla, á eso de las oraciones, poco mas ó menos, se encontraban sentadas junto á un hogar en el que ardía un robusto tronco de encina, tres personas de muy diferente aspecto. Era la primera una jóven bella como el amor, seductora como el placer, y tan cándida como el cáliz de una azucena cuando empieza á recibir el rocío; la segunda, si bien dejaba ver su fisonomía espresiva y animada, era mas bien un recuerdo que una esperanza, y su modesta toca y su traje sencillo y poco elegante demostraban que su edad no le permitia pensar ya en las frivolidades de la juventud, y que los deberes de madre absorvian su atencion de continuo, atendiendo solo á los quehaceres de su casa. Contemplaba este cuadro la tercera, que era un anciano de poblada barba, de toca amarilla y de semblante noble y lleno de gravedad, el cual sentado junto á su hija, y animando de rato en rato el fuego con nuevos combustibles, que daban vida á la llama pronta á estinguirse, parecia uno de aquellos padres de la antigüedad de quienes hablan las sagradas escrituras, dispuesto á dar hospitalidad al menesteroso que se acercara á su puerta demandándola. En el instante en que empieza la narracion de nuestra historia, que era una noche del año de 1360, las tres personas que acabamos de describir, hablaban con calor aguardando sin duda á un cuarto personaje, y se conocia que era en estremo interesante para ellos el asunto de que trataban.

—Será cierto, padre mio, decia la jóven con una voz dulce como el sonido del arpa, será cierto que esta misma noche debe llegar á Sevilla Tubal, mi querido hermano Tubal?

—Sí, esta noche tendremos el placer de abrazar, tú á tu hermano y yo al hijo de mis entrañas.

—Y cómo es que vuelve tan pronto? dijo Raquel (que tal era el nombre de la jóven) ¿cómo es que abandona el proyecto que se propuso?

—Porque yo le he mandado volver, y un hijo obediente no puede desoir jamás los mandatos de su padre.

—Y Dios ha querido mirarnos con ojos de piedad, pues nos ha dado un hijo que cumple en todo los menores deseos de sus padres, dijo á su vez la anciana Rebeca, madre de Raquel, y esposa de Benjamin.

—Y que sabe muy bien que está obligado á ser nuestro apoyo en la vejez, así como nosotros hemos sido el suyo en la infancia; porque es preciso que el jóven sostenga al viejo, y que al ver desplegarse el porvenir ante sus ojos, ayude al anciano que ve abrirse la tumba bajo sus pies.

—Escuchad madre mia, no habeis oido un silbido en la calle?

—Sí, no hay duda, él es; gracias á Dios que ha llegado!

Apresuróse el anciano á abrir la puerta, y entró por ella un jóven de buen talle y de gentil continente, vestido á la usanza judaica, cuyas facciones animadas parecian las de una hermosa estátua griega, por su estremada belleza y gallardía. Saludó á su padre con gran respeto dándole un beso en la frente, abrazó en seguida á su madre y á su hermana, y se sentó junto al hogar con el deseo de disfrutar un poco de aquel calor, ya que habia sufrido el frio de una noche húmeda del invierno, y que habia corrido dos dias sin descansar apenas, con el fin de acudir mas presto al llamamiento de su padre.

Pusiéronle delante una mesa pequeña muy bien servida, y tanto su madre como su hermana se esforzaban en agasajarle, á fin de hacerle olvidar con sus finezas los malísimos ratos que pasara en su no poco acelerado viage. Correspondia el jóven por su parte con las mas afectuosas demostraciones á los obsequios que le prodigaban, y despues de haber cenado con no escaso apetito, se volvió á su padre y le dijo.

—Cómo es, señor, que me habeis llamado tan precipitadamente?

—Porque tengo que confiarte una comision muy interesante para nosotros y que solo tú puedes desempeñar, hijo mio.

—¿Y cuál es? decidla luego.

—Mi hermano querido está enfermo y en peligro de muerte; no tiene mas parientes que nosotros y por consiguiente somos sus únicos herederos: es preciso, pues, que marches inmediatamente á Alcalá, y que le ayudes á soportar sus dolores, ó le cierres los ojos si muriere; en este caso ya sabes lo que debes hacer, y espero que obrarás con la mayor cordura y actividad.

—Podeis dormir descuidado, padre mio; pues juro por la memoria de Abraham que cumpliré fielmente las órdenes que os plazca darme, y que no me apartaré ni un punto de vuestras instrucciones.

—Está bien: nunca esperé menos de tu mucho amor y de tu ciega obediencia: ven adentro, hijo mio, y te daré los pormenores que necesitas, para que esos cristianos ambiciosos no caigan como lobos hambrientos sobre una presa que solo á nosotros pertenece.

Salieron con efecto de aquella estancia el padre y el hijo, y con su ausencia quedaron solas junto al hogar sentada la una enfrente de la otra, la jóven Raquel y su madre, que lanzándola una mirada penetrante y escudriñadora queria leer en su semblante lo que pasaba en el fondo de su corazon. Largo rato permanecieron silenciosas sin atreverse á decir una sola palabra, cuando al fin, sobreponiéndose á sus temores, y recobrando su natural sencillez que habia interrumpido con pensamientos poco agradables, dijo Raquel á su madre.

—Con que mi querido tio se halla en tan grave peligro?

—Sí, hija mia, y á nosotros toca velar en tales momentos por sus intereses que son los nuestros.

—Ay! quiera el Dios de Jacob concederle larga vida.

—Yo tambien imploro su piedad para él.

Guardaron un momento de silencio, y despues de varios suspiros prolongados, con los que dió á conocer sus padeceres, dijo Raquel, con un acento melancólico como los pensamientos que inspiran las hojas secas que se desprenden de los árboles en el otoño.

—Qué desgraciada soy!

—Tú desgraciada? Pues qué causa puede haber para que sufras el menor disgusto?

—Hay una, madre mia, que no quiero ocultaros por mas tiempo: yo amo... adoro á un hombre que no profesa la misma religion qu nosotros.

—Raquel!

—Bien sé que mi union con él es imposible, y esa es la causa de mi llanto, eso lo que aflige mi corazon, y pone pálidas mis megillas: porque os lo juro, madre mia, este amor es una necesidad de mi existencia, es el rocío que da frescura y lozanía á las flores marchitas por el vendabal, es la luz que sirve de paso al náufrago en una noche tormentosa y... yo no puedo vivir sin este amor.

—Raquel piensa bien lo que dices, ese amor es una locura, un crímen, y si tu padre llegase á saber...

—Pues ocultádselo, nada le digais de él, y yo podré depositar en vuestro seno mi desventura y derramar en él mis lágrimas: yo podré deciros lo que padezca mi alma; porque de este modo se aliviarán mis penas, madre mia.

—Raquel, mi querida hija, qué destino aciago nos persigue que así padeces sin que tu madre pueda darte el consuelo que deseara, sin que pueda hacer otra cosa que estrecharte con su corazon y dividir tus penas haciéndolas menos amargas?... Oh! pobre hija mia! Cuán desgraciada es tu madre en verte sufrir sin poder hacer mas que llorar contigo y darte su alma si es necesario!

—Oh! madre mia!

—Calla, enjuga esas lágrimas, que no vea tu padre que has llorado: el pobre anciano te quiere mucho para que no le entristezcan tus pesares, y tú no debes revelarle la causa de ellos; porque la rigidez de sus principios no le permite tolerar semejante amor.

A este tiempo se oyó en la calle el preludio de un laud primorosamente tañido, y una voz dulce y sonora, que entonaba un romance amoroso con un acento lleno de melancolía: esta voz era la de un trovador, el romance que cantaba es el siguiente:

»Sal á tus rejas, señora,
No así desprecies mi amor,
Que no merece desprecios
Una tan fina pasion:
Sal, y en la noche sombría
Brillarás, cual brilla el sol,
Pues las tinieblas se ahuyentan
Al contemplar tu fulgor."

Calló la voz, y un momento despues sonaron varios golpes en la puerta de Benjamin; éste, avisado por Rebeca bajó á ver quién era el que á tales horas le interrumpia; subiendo á poco acompañado del trovador á quien acababa de conceder un asilo por aquella noche; y Raquel, que desde el principio de la cancion se habia sentido conmovida por una secreta agitacion que le causara el sonido de aquella voz, no pudo menos de lanzar un grito al reconocer á su amante en el menesteroso cantor.

Al siguiente dia se hallaba Tubal sentado junto á la cabecera de su tio próximo á espirar, el cual conservaba su razon en medio de los dolores que le aquejaban: el jóven vertia lágrimas, el anciano inmóvil casi yerto queria mostrar el agradecimiento que esperimentaba por la pena de su sobrino; y cobrando fuerzas por un momeuto al luchar con la muerte en su agonía, como una luz que cobra vigor cuando va á espirar, y que fluctúa un momento entre la esperanza y el no sér, le dijo con el acento apagado de un moribundo:

—Hijo mio: voy á morir y no quiero ocultarte nada en esta hora terrible; sabe, pues, que yo tengo un hijo al cual pertenecen todos mis bienes, y que este hijo á quien no puedo abrazar al despedirme del mundo, vive lejos de su padre sin saber siquiera quién le dió el ser.

Estas palabras causaron en Tubal el efecto que produce en el ánimo de un cobarde la esplosion de un rayo que cae á sus pies, y si bien la pena que mostraba por la enfermedad de su tio era cierta, la idea de perder en un solo instante las inmensas riquezas que aquel poseia, y que ya pensaba disfrutar, le ocasionó aun mayor dolor que hubiera podido causarle la pérdida de Azael: sin embargo, haciéndose superior á sus propios sentimientos, y aparentando una indiferencia que no tenia, dijo á su tio con el acento mas cariñoso que pudo.

—Dejad aparte esos asuntos, que no es el interés el que me ha guiado al venir á socorreros en estos tan aciagos instantes.

—¡Hijo mio! ¡Oh! Quiera el Dios de Jacob premiar como merece tu generoso proceder: en este momento dos lágrimas surcaron el rostro descaecido del anciano, y la conmocion le impidió proseguir. El jóven llevó la mano á sus ojos para enjugarlos, y le dijo:

—Dios es justo, y no abandonará nunca á su tribu predilecta, por mas que vague errante por el mundo sin un hogar amigo donde acogerse.

Azael quiso hablar y no pudo: un instante despues era cadáver, y ya Tubal, abandonando la casa de su tio y las fértiles campiñas de Alcalá, habia partido para Sevilla.

Entretanto que esto pasaba, una escena de distinta naturaleza acontecia en casa de Benjamin, en la escondida callejuela de Sevilla, donde vimos sentadas junto al hogar á la jóven Raquel y á su madre Rebeca. Los actores que desempeñaban esta escena eran Raquel y el trovador á quien la noche antes concedió un asilo Benjamin, los cuales en un amoroso coloquio, se decian las mayores ternezas que pueden decirse dos amantes cuando su pasion es verdadera, y cuando su amor forma la felicidad de su vida.

—Si es cierto que me amas, decia el jóven, si tu pasion es tan viva como la mia, y tu corazon se abrasa en el mismo fuego en que arde el mio, ¿por qué son esos temores, Raquel? No sabré yo arrostrar todos los obstáculos que se presenten por conseguir unirme contigo para siempre con lazos indisolubles?

—Sí, pero nosotros no tenemos las mismas creencias: tú eres cristiano, yo soy judía, y no quiero causar la muerte de mi padre renegando de mis principios.

—Y sé yo acaso si soy cristiano? No envuelve un misterio terrible é impenetrable mi nacimiento, misterio que no he podido comprender aun, y que hace la infelicidad de mi vida? Mira, Raquel, yo sé que tengo un padre, que vive, y no tan solo ignoro quién es, sino hasta el lugar donde reside: sé que este padre no es ningun miserable, porque continuamente envia á la pobre muger que ha cuidado de mi infancia cantidades considerables que me acreditan su riqueza: y á pesar de esto, ¿puedo comprender al través de esta duda continua é incesante las creencias del que me dió el ser? responde ¿puedo acaso saber la causa de la estraña conducta de mi padre, cuando la ha envuelto en un velo tan espeso?

—Pero por qué has abandonado tu casa, por qué has adoptado una profesion que no puede proporcionarte mas que aplausos? por qué te has hecho trovador?

—Por qué, vida mia? Porque necesitaba un pretesto para entrar en tu casa, para verte, para poder gozar la delicia inefable de este momento en que puedo contemplar tu hermosura: este vestido de trovador no es mas que un disfraz que yo bendigo pues me ha conducido á tu lado.

—Y no temes que en tu casa sospechen algun desman al ver que no has ido la noche anterior y que tampoco te has acordado de volver á ella durante el dia?

—Y puedo yo acordarme de algo mas que de ti cuando tengo el placer de verte? Cuando puedo estrechar tu mano entre las mias, y aspirar tu balsámico aliento que me embriaga? Puedo yo acordarme de otra cosa que de este amor que llena todos los instantes de mi existencia, de este amor que es para mí la felicidad suprema, un sol mas bello y vivificante que el que nos alumbra desde el cielo! por otra parte la anciana que me ha servido de madre tiene noticia de mi disfráz, y no ignora que estoy aquí, al lado de la que adora mi corazon.

—Calla, calla; es preciso que me retire: si mi padre me encontrase aquí me castigaria terriblemente, y creo que es el que se acerca, á Dios, á Dios.—Y se ausentó de la estancia con rapidéz.

No bien abandonó Raquel á su amante cuando se presentó Benjamin con un papel que le habia dado una anciana para el trovador y que se apresuró á leer. El papel decia lo siguiente:

»Hijo mio: ha llegado el momento de que sepas quién te dió el ser, y de que cesen los misterios que te han rodeado desde la cuna; pero como no hay dicha humana tan completa, que no vaya mezclada con un poco de amargura, sabe que tu padre es el judío Azael, hermano de Benjamin, en cuya casa te encuentras, el cual te hubo de una señora cristiana muy principal que te confió á mí desde que naciste. Tu padre acaba de morir en Alcalá y sus inmensos tesoros te pertenecen; apresúrate á ponerte en posesion de ellos, pues de este modo tal vez podrás conseguir lo que deseas, y no te olvides de esta pobre anciana que no tiene en el mundo á nadie mas que á ti, y que te quiere con el entrañable cariño de una madre."

El trovador besó la carta lleno de alegría diciendo:

—Gracias, Dios mio, gracias: esta es una dicha que yo no me atreví nunca á esperar.

—Qué teneis? le dijo admirado Benjamin.

—Nada, anciano, nada: pierdo á un padre á quien no he conocido, y sobre cuya tumba iré á orar y á derramar las lágrimas que le son debidas; pero en cambio, tal vez seré dueño de una muger por quien hubiera dado mi sangre toda: diciendo esto puso el papel en manos de Benjamin: Tubal entró en el mismo instante para corroborar el contenido de aquel.

Un año despues los dos jóvenes eran felices y se habian unido para siempre con lazos indisolubles.

Manuel Cañete.

POESÍAS.

A RICARDO.

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio,
Cual perla de rocío
Duerme en el seno de la tierna flor.
El Duque de Ribas.

I.

Los ángeles alados
Desciendan, niño bello,
Y enlacen á tu cuello
Sus amorosos brazos de marfil;
Y entre sus alas tiernas
Te aduerman con su arrullo
Mas blando que el murmullo
De las fragantes auras del Abril.

—

Oh! ¡cuán hermoso eres!
Tu cabellera riza
Graciosa se desliza
De tu rosado cuello en derredor,
Y en sortijas desciende
Sobre el hombro desnudo
Que mas bello no pudo
La diosa imaginarlo del amor.

—

Si de tu madre en brazos,
A su amoroso arrullo,
Te aduermes cual capullo
Entre las tiernas hojas del rosal,
¡Qué convulsion tan dulce
Al sonreir, provoca
En tu menuda boca
El ensueño que forjas celestial!

¡Qué aliento tan suave!
La nube de la pena,
De tu frente serena
No eclipsa la hermosura y el candor;
Y tus megillas mórvidas
Que la inocencia pinta;
La sonrosada tinta
Colora entre azucenas con primor.

—

Puro y hermoso eres:
Puro como la brisa
Que á la primer sonrisa
De la aurora divaga en el vergel,
Y hermoso, prenda mia,
Cual los santos querubes
Que en su lecho de nubes
Se agrupan del eterno en el dosel.

—

Los ángeles alados
Desciendan, niño bello,
Y enlacen á tu cuello
Sus amorosos brazos de marfil;
Y entre sus alas tiernas
Te aduerman con su arrullo
Mas blando que el murmullo
De las fragantes auras del Abril,

II.

Mirad cuál duerme el inocente niño
En el regazo de su madre bella
Cuyos amantes labios con cariño
Sobre su frente de jazmines sella.
Su madre tierna que su sueño escuda
Y ébria de amor y de placer le mira;
Su madre tierna que estasiada y muda
Su blando aliento con afan respira.
Dejad que en lecho de olorosas flores
Los sueños goce de su edad floridos
Antes que de la suerte á los rigores
Los mire el triste por su mal perdidos.
Dejad que duerma; que del torpe mundo
La copa al agotar de la amargura
El sueño no hallará de amor fecundo
Que blandamente en su niñez apura.
Dejad que entre quimeras deliciosas
Repose un punto, que al abrir los ojos
Del blando sueño las fragantes rosas
Trocadas ¡ay! encontrará en abrojos.
Mas antes que los roncos aguilones
Arrebaten las flores de tu infancia
Aun puedes apurar entre ilusiones
De sus brillantes hojas la fragancia.
Duerme, duerme tranquilo, prenda mia;
Y protejan tu sueño las querubes
Que escudan tu inocencia noche y dia
Desde su trono de brillantes nubes.

P. García Cadena.

EN EL ÁLBUM

de la Señorita Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

¿Y he de cantar? ¿y es fuerza
Que suelte osado á los ligeros vientos
Mi ronca voz de cisne
Para ensalzar tu mágica hermosura,
Del ruiseñor los trinos emulando?
¿Por qué, por qué procura
Tu amistad cariñosa en este libro,
De justa admiracion rico tesoro,
Un borron imprimir?... ¡fuérame dado
Robar á Homero su clarin sonoro,
A Píndaro su fuego, al gran Virgilio
Su dulce y melancólica armonía,
Y entonces con arrojo y valentía
A la cumbre del sol me remontara
Y allí tu genio y tu beldad cantara!
Tu genio!... tu beldad!... ¿quién en la tierra
Joyas tan ricas poseyó? ¿quién pudo
Con tan supremo encanto
Seducir, fascinar, á un leve soplo,
Robándole á Melpómene su acento,
Henchir de aplauso universal el viento;
Y cien coronas de laurel divino
Ver á sus pies, de tan escelsa gloria
Justo y digno trofeo,
Sublime galardon de tal victoria?
¿Quién de tus ojos la esplendente llama
Que la del sol ofusca, ora podria
Con profano pincel, con torpe mano
Siquiera bosquejar?... ¿quién de tu cuello
Formado de la espuma,
Que á Venus engendró, quién de tu boca
Donde el amor reside
El encanto decir con tosca pluma?..
Oh! si pálida y fria
Aun fuera la lisonja
Para espresar tu sin igual belleza,
¿Cómo la musa mia,
Que se arrastra en el polvo de la oscura
Noche de la ignorancia,
Ha de aspirar á tanto en su arrogancia?
¿No ha de cegar con claridad tan pura?—
¡Perdóname, señora, si un instante
Tuve tan loca pretension! perdona
Si con ardor gigante
Quise las fuerzas imitar de Atlante
Y echar sobre mis hombros
Otro mundo tambien: que si es muy débil
Para ensalzar tu genio y tu hermosura
Mi voz;—entre las flores
A quienes presta el sol vivos colores,
Si ostenta con orgullo
Su púrpura en los campos la amapola
Dá suave olor la tímida víola;
Y no seduce mas que el limpio arroyo,
Esmalte y vida del risueño prado,
El mar que ruge y de su seno hirviente
Mil montes de cristal lanza á la altura
Queriendo el cielo sumergir potente!!—
Perla en el mar occidental nacida
Que todo el noble fuego
De region tan poética atesoras
En tu divina mente:
Astro de luz fulgente:
Claro raudal de vida
Que en el inculto páramo, de abrojos
Mezquino nutridor, saltas riendo
Flores y aljófar por do quier vertiendo;
Sol que la niebla oscura
De la escena española
Disipas, fecundando
Su arena estéril;—si mi pobre musa
Quieres que cante de tu ardiente génio
El inmenso valer, una centella
Dame del foco engendrador de lumbre
Que se oculta en tu mente;
Dámela, y elocuente
En raudales sin fin de poesía
Podré al mundo anegar, alzando el vuelo
Para escalar el cielo;
Préstame bizarría,
Préstame inspiracion, y con tus alas
Audaz cruzando la region vacía,
Sabré la pompa arrebatar, las galas
Que el trono encierra del señor del dia!!

Manuel Cañete.

REVISTA TEATRAL.

Pues señor, no hay remedio, es preciso escribir el artículo de teatros, es viernes, los cajistas esperan y el número tiene que entrar en prensa el sábado para que salga el domingo: manos á la obra y *con fe pura y pecho limpio*, como dicen en un drama de que no me importa no acordarme, pasemos á la enojosa tarea de alabar ó criticar siempre á unas mismas personas, y casi siempre unas mismas cosas. Las maldiciones que á *la Mosca* le han echado autores y actores, quisiéramos tener de onzas de oro, y á fe, á fe, que no le habíamos de ceder en opulencia á esos banqueros ó vampiros de nuevo cuño, que pululan por las calles de Madrid. Para escribir de teatros se necesita tener un alma muy grande, tan grande como el hambre de un esclaustrado, lo menos, y sea dicho con perdon: se necesita no tener pasiones, ni amigos, y casi estoy por decir, ni sentido comun: ¿dónde hay ser de ambicion mas inconmensurable é infinita que el autor ó el actor: dígale V. á aquel que su obra es buena, pero que tiene algunos defectos, patentíceselos V. y dirá que es envidia ó ignorancia: corrija V. á un actor, demuéstrele sus faltas, aconséjele sin herirlo, y así se enmendará y reconocerá su error como por los cerros de Ubeda; y eso aunque entienda tanto de declamar, como yo de lo que quieren decir esos cerros que se me han venido á las mientes.

Hablamos en general, y bien convencidos de que todo depende de nuestra frágil naturaleza. Los autores y actores buenos se figuran que son *dioses* sobre la tierra; los malos que son bastante buenos, y los escritores malos ó buenos que son infalibles y el *non plus ultra del saber*. Así va el mundo y así marchan los unos riéndose de los otros, y yo estrepitosamente de todos, á buena cuenta de lo que se rian de mí.

El *Moisés*: por fuerza habia de ser un inspirado del cielo el que me sacase á mí del atolladero y ayudádome á recoger el hilo que se me iba enredando. *Moisés* nos falta para que nos lleve á la tierra de promision; *Moisés* necesitan nuestros lectores para que los liberte de mí, que soy una verdadera plaga, y *Moisés* volvió á aparecer en la escena la presente semana. Por esta vez estaba bien y propiamente vestido; y el señor Santarelli que lo representaba, cantó y comprendió perfectamente su difícil parte.

La señorita Muñoz hacia una hebrea, por la que cualquier ciudadano se hubiera metido en el mar Rojo, cuanto y mas su real amante. Cantó bien, y en su accion, en la lucha de afectos que espresaba se conocia la inteligencia y aventajadas dotes que la adornan.

El señor Gomez estuvo regularmente, así como la señora Scannavino.

No sabemos el nombre del que representaba á Faraon, porque salió por primera vez á ocupar el puesto del señor Aznar, que ha tomado las de villadiego. Ambos son dos Faraones que no pasan de regulares, con la sola diferencia de que el señor Aznar abre demasiado las piernas, y éste encoje mucho los brazos. No creemos, sin embargo, que hayamos perdido en el cambio.

Los coros y orquesta bien, no así el mar Rojo, que no queria juntarse, dejando á los soldados de Faraon en el terrible conflicto de no poder ahogarse.

D. Alvaro de Luna: drama del señor Bonilla, bastante bien desenvuelto, con interesantes escenas y bellos trozos de prosa y verso: tal cual situacion lánguida, algun carácter, como el de la reina, demasiado exagerado y no muy fiel en la verdad histórica.

La egecucion fue buena, y el público aplaudió al autor y á los actores, y especialmente al señor Montaño, silbando al arzobispo porque era arzobispo: efectos de la moderna ilustracion.

Gemma di Vergi: bien desempeñada como lo fue las anteriores veces, segun hemos manifestado en otros artículos. El señor Natale, algo restablecido, arrancó aplausos en su brillante aria de salida.

Pablo el Marino: drama bellísimo y el mejor que nos ha parecido en lo que va de temporada: sus situaciones son altamente dramáticas: su lenguage sublime y arrebatador en mas de una ocasion; su desenlace fácil y natural: de los dramas románticos es uno de los que siempre se conservarán en la escena.

En la egecucion hubo de todo. El señor Montaño, que en los primeros actos habia estado bien, tuvo la inevitable desgracia de tropezar en el último, y en su mas interesante escena, que quedó desvirtuada.

Las señoras Cruz y Toral bien. El señor Gonzalez lo mismo haciéndose aplaudir con justicia, así como el señor Cejudo, cuyo semblante y ademanes eran los de un verdadero loco pacífico. Los señores Lugar y Parreño comprendieron y egecutaron felizmente sus papeles.

Y aquí damos fin por hoy. Ahí va el artículo de teatros: suplico á los señores que lo lean que me traten con consideracion y sino lo hacen que se sirvan decírmelo, para salir de esta duda cruel que me tiene llorando.

La Mosca.

ALCANCE.

En la rifa celebrada en el dia de ayer á favor de la casa de Beneficencia ha sido agraciado con el mayor premio el número 2.039.

Los egemplares de las novelas ofrecidas han correspondido por lo tanto á los suscritores siguientes:

1.ª Serie. Suscritor número 51, D. José García, en Valencia.

2.ª Serie. Suscritor número 351, D. Vicente Benavent, en Valencia.

La obra que ha de rifarse en el actual mes de Diciembre se anunciará oportunamente.

MATERIAS QUE CONTIENE ESTE NÚMERO.

Recuerdos de Valencia: la ermita de la Soledad, por D. J. M. Z.—Un viage á París.—Chateaubriand, con grabado, por D. Rafael de Carvajal.—Hechos españoles: los héroes de Barleta, conclusion, por D. G. Gisbert y Gosalbez.—Una historia judaica del siglo catorce, por D. Manuel Cañete.—Poesías: á Ricardo, por D. P. García Cadena.—En el Album de la señorita Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, por Don Manuel Cañete.—Revista teatral, por la Mosca.—Continuacion de la novela Querubino y Celestino, por R. de C.

VALENCIA.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO.

A S. M. LA REINA

Doña Isabel Segunda.

Salud, **Reina ISABEL**! *tu faz retrata*
El rico Turia en sus arenas de oro
Y orgulloso su seno se dilata
Al cielo alzando su cantar sonoro.
Esa corona que en tus sienes brilla
Es emblema de paz y de bonanza:
Orgullo de los hijos de Castilla,
Iris de eterno bien y de esperanza!
Firme en el trono estás, bella Señora,
Porque cada español tiene un acero
Y de occidente á la rosada aurora
Ha de acatarte el universo entero.
Que si el régio leon alza la frente
Y sacude irritado su melena,
Tu nombre llevará de gente en gente
Será la nube que en los aires truena!
Porque el pueblo del Cid fiel ha nacido
Y para libre ser su sangre diera,
Mas va á su libertad tu nombre unido
Y nunca profanarlo consintiera:
Que ya depuso la sangrienta saña
Y cayendo el acero de la mano
Solo se escucha por la noble España
Fui tu enemigo, pero soy tu hermano!
Valencia por mis labios te asegura
Que si tu nombre con delirio aclama,
Allá en su corazon su fe te jura
Cual noble **Reina** *y cual hermosa dama!*

Rafael de Carvajal.

Perfumes del pensil, brisas suaves
Que embalsamais del Turia la ribera,
Dulces conciertos de pintadas aves;
Riente primavera:

Dríadas que triscais en la alborada
Por el verde tapiz del prado umbrío;
Suspiros de la brisa embalsamada,
Venid en torno mio.

Venid y al carro de mi REINA *hermosa,*
Fúlgida antorcha de la patria mia,
Teged guirnaldas de jazmin y rosa,
Cubridlo de ambrosía.

Volad al punto, y cuando deis al viento
En honor de ISABEL *la voz sonora*
No dejeis de llevarla el rudo acento
Del vate que la adora.

Peregrin García Cadena.

Bella, cual la esperanza, REINA *mia,*
Tu mano augusta levantó á la España;
Y, como el ángel del amor, un dia
Calmaste tierna del furor la saña.
Consérvete el Señor en la alegría
Que al amor de los pueblos acompaña;
Dejando, REINA *mia, por memoria*
Paz á tus pueblos y á tu cetro gloria.

Vicente Boix.

SONETO.

Yo vi, REINA *inocente, allá en el Sena*
Gigante alzarse de mirar sombrío,
Y el mundo vi temblar á su albedrío
Cual tiembla el hombre si el Eterno truena.
Al leon español vi su melena
Crespar airado al recordar su brio,
Y animoso en su fuerza y poderío
Saltar rugiendo en la sangrienta arena.
Por su patria y su rey fuerte luchando,
La Europa vióle, y el coloso fiero
Desplomóse, la tierra retemblando.
Este es, REINA ISABEL *el pueblo Ibero,*
En llegando á su rey, solo hay un bando
Que le sabe librar del mundo entero.

Gregorio Gisbert y Gosalbez.

CANÇO.

Ab ta llaor desplegaré yo els llabis
Y una cançó et diré, filla del cèl,
En la olvidada llengua de mons habis
Mes dolça que la mèl.
D. T. Villarroya.

Llatent el còr d'amor y d'alegría
Ardent lo front en sacra inspiració,
El cantor valenciá, REINA, *t'envia*
Sa tímida cançó.
Morí sa llengua, pero sempre es bella,
Digna de alçarse al trono qu'et sosté,
Que si REINA *t'acaten en Castella*
En Valencia també.
Y no mes en Castella qu'en Valencia
Tens un trono d'amor tèndre, filial,
Que á pòble algú cedis la preferència
Valencia en lo lleal.
Just es per tant, que la fragancia aspires
Que veu el aire en nòstres belles flòrs,
Y ojques el victor qu'el amor que inspires
Arranca á tots los còrs.
Vine á sentarte en la florida alfombra
Que del Turia cubrij el placit llit,
Vine á sentarte á la gloriosa sombra
Del estandart del Cid.
Vine á ohuir la dolcísima armonía
De que pòblen el vent mil trovadors,
Vine á gotjar en fi de la alegría
D'este vall de primors.
Y si enmitj del tumult, pera ma glòria,
Als teus ohuits arriba esta balá,
No envetjará el llorer de la victòria
El vate valenciá.

Juan Antonio Almela.

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL SEGUNDA.

Llegad á los muros de Edeta, augusta ISABEL, llegad y gozaos en el seno de un pueblo amante de sus reyes; aquí encontrareis afanosa una juventud brillante que espera de vos su porvenir: vedla girar en torno vuestro para encontrar una mirada, una sonrisa de esperanza que la anime á atravesar la dilatada y espinosa senda de sus estudios. Aquí á las artes y las ciencias enteramente dedicada, se arma de su pincel, ó estrecha la pluma con que ha de pintar ó describir mas tarde, la mas brillante corona de vuestras glorias. ¡Si supierais, Señora, cómo abre su pecho todavía sin dobléz á la grata y dulce perspectiva del porvenir! ¡Cómo sus ojos se bañan de lágrimas ardientes de gratitud, al contemplar vuestros dones y vuestra régia proteccion por sus afanes! ¡Cuál entusiasta el corazon ve por vuestra mano despejada, la senda que el génio y el talento empezarán á recorrer! Las artes y las ciencias, Princesa magnánima, serán sin duda la mas brillante diadema de vuestro reinado; que si vuestra grande antecesora la primera Isabel concedió á vuestra patria un mundo nuevo, vos, Señora, la darcis un vasto campo, do puedan estenderse los estudios y trabajos de la imaginacion y del sentimiento. Seguid, noble Reina, los primeros impulsos de vuestro tierno corazon, que no os engañarán jamás y eternizarán vuestro augusto nombre. Proteccion al saber, estímulo á las artes, y vea un dia la codiciada España renacer para su gloria los grandes ingenios que la honraron, labrándoos una brillante aureola de merecida inmortalidad.

Luis Miquel y Roca.

Una sea la voz en toda Iberia,
El grito de ISABEL suene en Castilla,
En Edetania, en donde el mar se humilla....

Con la conquista de Granada terminó la dominacion de los árabes en España; feliz y pacífica Castilla habia recobrado su poderío, su independencia, bajo el suave gobierno de la Católica Isabel, y el privilegiado suelo de la península producia los bienes de la paz, sin temer ya ni las rapiñas de aquellos fieros conquistadores, ni las que ocasionaban con mas frecuencia aun la ambicion y el orgullo de los grandes señores del reino; ni era de temer se renovasen tan desastrosos tiempos, porque el gobierno de aquella virtuosa princesa estaba cimentado en la gratitud y en el amor de sus pueblos. Todos los grandes vasallos habian vuelto al camino del honor, y solo restaba para hacer de Aragon y Castilla la monarquía mas fuerte y compacta, el que se agregaran á la corona los maestrazgos de las tres órdenes militares, porque estos grandes dignatarios de la corona tenian tanto poder y parte en el reino, que se hacian temer hasta de los mismos reyes; y para la solemne declaracion de hecho tan importante, alcanzadas las bulas del pontífice Alejandro VI, fue elegida esta ciudad de Valencia, que parecia preparada desde los tiempos de su conquista por el invicto D. Jaime I para llevar la iniciativa en todos los grandes acontecimientos. Los reyes fueron acogidos por los valencianos con las muestras de alborozo que siempre, alojados en el antiguo y suntuoso palacio llamado del Real, dispuesto al efecto por su virey D. Juan de Lanuza, quedando terminado tan grave asunto en el año de 1493, siendo los últimos grandes maestres, de Calatrava, D. Gorci Lopez de Padilla; de Alcántara, D. Juan de Zúñiga; y de Santiago,

D. Alonso de Cárdenas. Estaba, pues, concluida la obra para que el cielo parecia haber destinado á Isabel: unidos los dos reinos mas poderosos de España, arrojados los moros de la península, destruida la anarquía interior, restablecido el órden, la administracion y los negocios todos del estado en manos inteligentes y fieles, y descubierto en fin el nuevo mundo, ninguna gloria le quedaba que apetecer.

Tal fue, Señora, vuestra augusta abuela; como vos al subir al solio encontró á la nacion entregada á todos los horrores de la guerra civil, y devorada por las depredaciones y desenfreno de los partidos, como vos con magnanimidad y prudencia supo calmarlos oportunamente, y con su virtud, constancia y ardimiento conciliar sus opuestas pretensiones, y abrir á sus entusiastas españoles una era inmortal de felicidad y de ventura. Así, pues, como aquella ilustre reina supo triunfar de tantos obstáculos, lo hareis vos, augusta heredera de su nombre y corona, y España sembrará siempre de flores la hermosa carrera de vuestra vida, y vuestra memoria será en eterna bendicion.

José M. Zacarés.

Salve nieta de San Fernando, inocente **ISABEL**: Valencia, la hermosa Valencia se gloría de albergarte en su seno, y en muestra de su alegría ondea en su coronado muro y en sus antiguas torres el pabellon nacional; ese pabellon respetado y temido en todos tiempos y que no empañado jamás se ostentára tambien con orgullo durante tu reinado.

El pueblo valenciano contempla tu serena y tranquila faz, y mira en ti el áncora de su salvacion, el gérmen de su felicidad.

Yo te contemplo tambien jóven y hermosa, hija de cien reyes, y hasta tu nombre me recuerda una época en que feliz la España se libertó de la dominacion agarena.

Ventura y felicidad me presagia tu aspecto, ventura y felicidad para Valencia siempre fiel y leal, siempre magnánima.

Pura como los ángeles que adoran al grande Adonai, en tu corazon no han tenido cabida la perfidia y la dobléz; la inocencia es la base de tu carácter, y la inocencia siempre es generosa, siempre inspira acciones sublimes.

Tus ínclitos abuelos han servido en el mundo de modelos, y la Católica Isabel y el gran Carlos I, han estendido por el orbe las glorias españolas, y por mi patria la paz, la dicha y la abundancia.

¡Patria mia! fuiste un tiempo la dominadora del mundo y el sol no se ponia en los dominios de tus reyes; en tus hijos existe todavía el gérmen de esa grandeza y de ese brio, y solo les falta quien les dirija por el camino de la gloria.

Tú, inocente **ISABEL**, puedes hacerlo, y las generaciones venideras te ensalzarán y colocarán tu nombre al lado del de la heroina de Santa-Fe.

Francisco de Paula Arolas.

Salud á la Reina.

Vedla: orna su frente la corona real y brilla en su rostro encantadora hermosura: empuña su mano el cetro, ese símbolo de su poder que ha de labrar la felicidad de las Españas.

Valencia la leal, la invicta, la recibe dentro de sus muros: su Reina va á contemplar la pureza de su cielo, la hermosura de sus flores, á recibir las bendiciones de sus pueblos, el homenage de la lealtad natural en este suelo privilegiado, en estos nobles corazones.

¿Lo ois, Señora? la multitud se agolpa á vuestro paso, nunca saciada de veros, siempre solícita por mostraros su adhesion; mil y mil vítores salen de sus labios, y todos unánimes repiten:

Salud á la Reina.

Ramon Ferrer y Matutano.

VALENCIA: IMPRENTA DE MONFORT. = 1845.